

## 2. Llamados amigos

A partir del uso del término «amigo, compañero» en los pasajes de Mateo que hemos visto, debemos comprender, ante todo, que en ellos Jesús aborda la respuesta que recibe a la propuesta que ha venido a expresar al mundo. En estos pasajes del Evangelio, Jesús piensa ante todo en la respuesta decepcionante del pueblo de Israel a su venida, pero ahora esto se aplica a cada uno de nosotros, a la venida de Cristo hacia cada uno de nosotros y a la llamada que nos dirige personalmente. De modo que lo que Jesús expresa en las tres parábolas —la de los niños que tocan y cantan y no obtienen reacción, la de los trabajadores que murmuran ante la generosidad del amo y la del invitado que acude a la boda sin traje de boda— se hace realidad cuando Judas, uno de los apóstoles, traiciona a Jesús, lo besa para entregarlo y oye que Jesús le dice: «Amigo, ¿por qué has venido?».

Judas representa a toda persona que defrauda la llamada de Cristo, que la defrauda ante todo en su total gratuidad, como don, como privilegio, como preferencia. Para cada uno de nosotros, la llamada a seguir a Cristo, la llamada de nuestra vocación y, ante todo, la llamada del Bautismo, antes de ser un compromiso, es una gracia, es un don, es un don de Cristo a nuestra vida, un don que Él nos hace y un don que Él nos hace de sí mismo, es decir, el don de su presencia, de su amistad, de su compañía, de la belleza de estar con Él. Ser llamados a seguir a Jesucristo es una llamada a estar con Él en cada paso de la vida. Es la llamada a recibir el don de la presencia de Cristo en cada paso, y este es el mayor privilegio, un don inmenso y eterno. Solo una fidelidad sin fin corresponde a la gracia de ser llamados por el Señor.

Por eso, cuando Jesús dice «Amigo, ¿por qué has venido?», comprendemos que el término «amigo» aquí no es, como en otros pasajes del Evangelio de Mateo, solo un término que denota una relación contractual o unas normas que hay que observar: en boca de Cristo, expresa una amistad real y profunda. En boca de Jesús y dirigido a uno de sus discípulos, alguien a quien Jesús ha elegido personalmente para estar con Él, este término ya no es formal: expresa realmente el amor preferencial de Jesús por Judas. Y lo expresa como un último intento de recordar a Judas este amor, esta amistad. Jesús pone a Judas ante lo que realmente está traicionando, ante lo que está entregando a los enemigos de Jesús y al enemigo número uno de Dios: Satanás.

Al unir a este epíteto, «Amigo», la pregunta «*ad quid venisti?* – ¿por qué has venido?», Jesús invita a Judas a reconsiderar sus intenciones, su decisión, su elección, sus sentimientos; en definitiva: le invita a recuperar su libertad, a volver a tomar conciencia de su libertad a la luz de su vocación de amigo de Cristo.

Este es un punto fundamental para toda vocación cristiana. Por eso, san Benito lo retoma en la Regla precisamente en el capítulo 60, donde trata de la vocación de un sacerdote que se siente llamado a convertirse en monje, a vivir en un monasterio.

Es como si este sacerdote quisiera entrar en el huerto de Getsemaní para vivir con Jesús y sus discípulos una vida de íntima amistad, de oración, de relación con el Padre, pero también de tentación, de lucha por permanecer fiel a Él hasta el final a la voluntad del Padre de salvar al mundo, tomando con Cristo la cruz y siguiéndole. Este sacerdote se siente atraído por esto, por esta dimensión profunda y esencial de toda vida cristiana que el monasterio debería ayudar a vivir con mayor fidelidad y constancia. No se trata de entrar en el jardín del Edén antes del pecado original, sino en el jardín en el que la relación con Jesús le llama a seguirlo hasta los sentimientos más profundos de su corazón triste pero ardiente de amor por el Padre y por toda la humanidad necesitada de salvación. Solo si desea esto, si se siente atraído por ello, tiene sentido que un sacerdote, como cualquier otra persona que se sienta llamada al monasterio, solicite la admisión en la comunidad monástica.

Entonces, la pregunta que le plantea la Regla es muy incisiva: «*Amice, ¿ad quod venisti?*». De hecho, nos invita a examinar nuestras intenciones a la luz de la amistad con Cristo. «*Ad quid venisti?*» debería traducirse como: «¿Hacia qué has venido? ¿Con qué fin has venido? ¿A qué aspiras estando aquí?».

Pensamos que el «por qué» indica la causa originaria, la causa primera de una cosa o de una acción. En cambio, la preposición «por» unida a «qué» designa más bien la causa final, el fin por el que una cosa existe o se lleva a cabo. Es la transposición literal de *ad quid*. «*Ad quid venisti?*» debería traducirse: ¿hacia qué has venido, con qué fin has venido? Pero al anteponer el término «Amigo», es como si Jesús le hiciera a Judas una pregunta retórica, porque la respuesta para Judas está clara desde hace tiempo: Judas ha venido, está allí, conoce a Jesús, conoce ese jardín, puede besar a Jesús y, por tanto, puede traicionarlo *porque Jesús le ha ofrecido su amistad, porque Jesús lo ha llamado a la amistad con Él*.

La amistad de Cristo exige amistad; es un amor que exige amor. Aunque vino para traicionarlo, Judas vino y estuvo con Jesús, porque fue llamado y atraído por la amistad de Cristo y por la profunda comunión que esta amistad ofrece y exige. La amistad de Dios no conoce arrepentimiento. Jesús permanece fiel para siempre a la relación de amistad que vino a ofrecernos. Y si lo rechazamos, si lo traicionamos, nuestra libertad quedará eternamente marcada por el rechazo del amor infinito de Dios. Si existe una condenación eterna, no puede ser más que un eterno arrepentimiento por no haber acogido un amor infinito. El infierno huye del amor de Dios, hacia el que nos sentimos atraídos desde el instante de nuestra creación.

San Benito quiere citar aquí estas palabras de Jesús a Judas para hacernos comprender que, para él, nuestra vocación coincide con la respuesta a la llamada de Cristo a ser sus amigos. Y es como si nos sugiriera que hagamos siempre una verificación fundamental de cómo vivimos nuestra vocación, una verificación que consiste precisamente en dejar que Jesús nos pregunte sin rodeos, tal vez en medio de un momento de distracción o de infidelidad, o incluso de traición como en el caso de Judas: «Amigo mío, amado mío, ¿para qué has venido aquí?».

Es la revisión a la que san Bernardo se sometía siempre como novicio y que luego propondrá a sus monjes: «*Bernarde, Bernarde, ad quid venisti?* – Bernardo, Bernardo, ¿por qué has venido?», tomando en serio tanto el Evangelio como la Regla de san Benito.

Es significativo que, al relatar esto en la *Vita prima* de san Bernardo, Guillermo de Saint-Thierry una el recuerdo de la pregunta que Jesús le hizo a Judas con la alusión a las grandes vocaciones bíblicas en las que Dios pronuncia dos veces el nombre de la persona a la que llama, como para subrayar que es precisamente a él o a ella a quien llama a la conversión, a una vida nueva. Basta pensar en la llamada de Abraham, de Moisés, de Samuel, de Marta o de Saulo de Tarso (cf. Gn 22,11; Éx 3,4; 1 Sam 3,10; Lc 10,41; Hch 9,4).

¿Qué significa esto? Significa que el examen de cómo vivimos, de cómo vamos y estamos, debemos hacerlo siempre recordando la llamada del Señor, el momento en que nos sentimos llamados por nuestro nombre, precisamente nosotros y no otro. No podemos tener un juicio verdadero sobre cómo estamos viviendo sin dejarnos iluminar, y tal vez traspasar, por la llamada de Dios a permanecer en su amistad para hacer de buen grado su voluntad, para seguir con alegría su camino y vivir su vida.